

Conclusiones

A lo largo del presente material he tratado de describir de la manera más detallada mis vivencias en una esquina del barrio de Tepito, tratando de hacer inteligibles tanto la dimensión cultural del tráfico de drogas, como algunas de las experiencias de los que participan en éste. Habría que recuperar la complejidad de esa dimensión cultural más allá de los clichés, observando cómo esa clase de “mandados” se encuentran en medio de un repertorio mucho más amplio de prácticas que, en cierto sentido, tienen exactamente la misma lógica: Iván presta sus servicios para garantizar su supervivencia. Sus amigos, conocidos y vecinos, recurren a él por ser un miembro reconocido de la comunidad, alguien que quizás inspire más confianza que muchos actores o instituciones que se viven como ajenos.

Al respecto, me parece que el encuentro con Iván y la descripción de una parte de su forma de vida permiten dotar de una suerte de humanidad a los personajes que viven de las ganancias producidas por la venta de estupefacientes, modificando así la clave maniquea de los relatos que rondan nuestra cultura pública, dedicados a construir héroes o villanos a uno y otro lado de la ley. No tengo empacho en decir —porque es algo que yo mismo viví en el

terreno— que es difícil entablar una relación de empatía con alguien como Iván, pero hacer un esfuerzo para comprender su condición hace que, por lo menos en tanto lectores, reflexionemos acerca de cuáles más pudieron haber sido sus opciones al regresar al barrio después de más de una década de reclusión, en una ciudad y un país que siguen sin solucionar problemas básicos de pobreza y exclusión y que, en su lugar, han optado por políticas punitivas y soluciones individualizantes.

Para ser justo con el enfoque que este documento plantea —y tratar de romper con el maniqueísmo que permea la conversación pública—, debo señalar algunas de las limitantes del proyecto. La etnografía es un método que exige una buena inversión de tiempo para producir los mejores resultados, descripciones detalladas y análisis profundos acerca de las personas, de lo que hacen y las razones que creen que subyacen a tales prácticas. El tiempo invertido en la construcción de este diario fue bastante limitado en comparación con el canon —regresaré más adelante a esa cuestión— y constituye una invitación para seguir pensando en otros actores —policías, funcionarios, otros vendedores de narcóticos o los mismos comerciantes del tianguis—, que se ven más bien poco reflejados en los relatos que aquí se presentan y cuyos relatos y prácticas también llaman a ser explorados.

Las limitantes de tiempo no fueron producto de mis decisiones, salvo en los casos en los que consideré que realmente me estaba poniendo en riesgo; más bien, se derivaron del mismo ambiente de inseguridad y violencia del barrio. Como lo he señalado en el texto, el diálogo que Iván y yo entablamos en las calles podía vivirse como una traición para algunas personas con las que él realiza transacciones, poniéndonos en peligro a ambos. Ello terminó imponiendo un ritmo por completo diferente a la investigación y llamando a la flexibilidad del investigador y de sus propias estrategias para construir la información.

En un país en el que la violencia ha avanzado a un sinnúmero de ámbitos, ejercicios como el aquí presento llaman a reflexionar acerca de estas limitantes para la producción de conocimiento, y para la creación de políticas públicas o de intervención que se sirven de éste. Quiero ser enfático al anotar que no se trata de un problema que únicamente implique a los etnógrafos con “vocación de pararrayos”, como yo me he descrito a veces humorísticamente. En la actualidad, una gran cantidad de investigadores que se dedican a temas mucho más clásicos como el trabajo, la salud o la educación, tienen graves dificultades para acercarse directamente a las personas y poder documentar problemáticas que con dificultad pueden modificarse si las condiciones para conocerlas no se garantizan.